

pasar cerca de este monumento, una loba que allí se había ocultado para guardar sus hijuelos, se lanzó sobre Meroveo; di muerte á la fiera, y desde aquel momento mi joven amo me prometió pedir mi libertad á su padre, y haciéndome su compañero durante el resto de la caza, me obligaba á dormir á su lado. Algunas veces le hablaba de la batalla sangrienta en que le había visto conducido por tres indómitos toros, y se estremecía de alegría al recuerdo de su gloria. Otras le hablaba también de las costumbres y tradiciones de mi país; pero de todo lo que le refería, solo escuchaba con placer la historia de los trabajos de Hércules y Teseo. Cuando trataba de hacerle comprender nuestras artes, blandía su framea, é impacientemente me decía: «¡ Griego, griego! soy tu amo.»

«Después de una ausencia de muchos meses, llegamos al campamento de Faramundo. La choza real estaba desierta. El jefe de la larga cabellera había tenido huéspedes, y después de haber prodigado en su honor todas las riquezas que poseía, había ido á vivir á la cabaña de un jefe vecino, que arruinado á su vez por el monarca bárbaro, se había trasladado con él á casa de otro jefe. Hallamos al fin á Faramundo sentado á un gran banquete disfrutando de los encantos de aquella sencilla hospitalidad, y nos hizo saber el objeto de las fiestas.

«En medio del mar de los suevos descuella una isla llamada Casta, consagrada á la diosa Herta. La estatua de esta divinidad está colocada sobre un carro siempre cubierto con un velo. Este carro arrastrado por unas terneras blancas, recorre en determinados tiempos las naciones germánicas. Suspéndense entonces las hostilidades, y por un momento los bosques del Norte cesan de resonar al fragor de las armas. La diosa misteriosa acababa de pasar al país de los bárbaros, y nosotros habíamos llegado á celebrarse los festejos con que es recibida su aparición. Zacarías halló un escaso momento para estrecharme entre sus brazos. Todos los caudillos estaban convocados al solemne banquete en que debía tratarse de la conclusión de la paz ó de la continuación de la guerra con los romanos. Yo fui encargado del papel de copero, y Meroveo tomó asiento en medio de los guerreros.

«Hallábanse estos formados semicircularmente, ocupando el centro el hogar en que se preparaban los manjares del festín. Cada caudillo, armado como para la guerra, estaba sentado sobre un haz de yerba ó sobre un rollo de pieles; y tenía delante una mesita separada de las demás, en que se le servía una parte de la víctima, según su valor ó nobleza. El guerrero reconocido como más valiente (y era Meroveo), ocupaba el primer puesto. Los libertos, armados de lanzas y escudos, llevaban aquí y allí los tripodes cargados de carne y astas de uroco, llenas de un licor preparado con trigo.

Hacia el fin de la comida, se empezó á deliberar. En la línea de los francos había un galo llamado Camulógenes, descendiente del famoso anciano que defendió á Lutecia contra Labieno, lugar-teniente de Julio. Educado entre los cuarenta mil discípulos de las escuelas de Augustodunum (1), había perfeccionado una educación brillante bajo la dirección de los rectores más célebres de Marsella y de Burdigalia (2); pero la natural inconstancia de los galos y cierto carácter salvaje le habían hecho tomar parte desde luego en la sedición de los bagodes. Estos paisanos sublevados fueron sometidos por Maximiano, y Camulógenes se pasó á los francos, que le adoptaron por su valor y riquezas. Habiendo los sacerdotes del banquete de Faramundo impuesto silencio, el galo se levantó, y cansado tal vez de un largo destierro, pro-

(1) Autun.  
(2) Burdeos.

puso enviar diputados á César. Elogió la disciplina de las legiones romanas, las virtudes de Constancio, los encantos de la paz y las dulzuras de la vida social.

«No debe sorprendernos, replicó Cholderico, caudillo de una tribu de los francos, que un galo nos hable en tales términos, pues espera sin duda alguna recompensa de sus antiguos señores. Confieso que la cepa de un centurion es más fácil de manejar que mi framea, y que es menos peligroso adorar á César bajo la púrpura en el Capitolio, que despreciarlo en esta choza bajo una piel de lobo. Yo he visto en la misma Roma á esos ambiciosos poseedores de tantos palacios, y son en que la luna se mostraba en su lleno, se decidió en calma lo que se había discutido en el ciego entusiasmo, cuando el corazón no puede fingir y está abierto á las empresas generosas.

«Determinóse hacer proposiciones de paz á los romanos; y como Meroveo, fiel á su palabra, había obtenido ya mi libertad de su padre, se resolvió enviarme al instante á llevar á Constancio las palabras del consejo. Zacarías y Clotilde vinieron á anunciarme mi libertad, encareciéndome que me pusiese en camino sin pérdida de tiempo, para evitar la inconstancia natural en los bárbaros. Víme precisado á ceder á sus inquietudes, y Zacarías me acompañó hasta la frontera de las Galias. Mi fortuna al recobrar la libertad, estaba acibarada por la amargura de mi separación de este benéfico anciano. En vano le insté á que me siguiese; en vano deploré los males que le abrumaban, pues cogiendo al paso un lirio silvestre, cuya corola empezaba á salir de la nieve, me dijo: «—Esta flor es el símbolo del caudillo de los salienos y de su tribu; crece naturalmente más hermosa en estos bosques que en un suelo menos espuesto á los rigores del invierno, y escede en blancura á las escarchas que la cubren y la conservan en su seno en vez de marchitarla. Espero que esta ruda estación de mi vida, pasada al lado de la familia de mi amo, me hará un día semejante á este lirio á los ojos de Dios: el alma necesita para desarrollarse en toda su fuerza permanecer sepultada por algún tiempo en los rigores de la adversidad.»

«Dichas estas palabras, Zacarías se detuvo y me mostró el cielo donde debíamos volver á encontrarnos un día; y sin dejarme tiempo para arrojarme á sus pies, se alejó de mí después de haberme dado su última lección. No de otro modo, Jesucristo cuyo ejemplo imitaba, se complacía en instruir á sus discípulos paseando á orillas del lago Genesareth, y haciendo hablar á la yerba de los campos y al lirio de los valles.

«Reyes cabelludos, ¿habéis entendido algo de la prolija perorata de esta profetisa de los galos? ¿Quién de vosotros ha oído hablar de ese Alejandro ó de ese Mitridates? Camulógenes! si sabes hacer pomposos discursos en la lengua de tus señores, évitate la molestia de pronunciarlos en nuestra presencia. Nosotros prohibimos á nuestros hijos que aprendan á leer y escribir, artes de la esclavitud; tan solo queremos el hierro, los combates y la sangre.»

«El consejo de los bárbaros resonó con gritos tumultuosos. El galo, vengándose del insulto con el desprecio, replicó:

«—Puesto que el famoso Cholderico no conoce á Alejandro, ni gusta de pomposos discursos, solo le diré una palabra: Si los francos no tienen otro guerrero que él para incendiar el Capitolio, les aconsejo que acepten la paz á cualquier precio.»

«—¡ Traidor! gritó el sicambro ciego de cólera. Dentro de pocos años espero que tu nación cambiará de dueño; entonces reconocerás, al cultivar la tierra en provecho de los francos, cuál es el valor de los reyes cabelludos.»

«—Si no tengo que temer á otro que al tuyo, replicó irónicamente el galo, no me tomaré el trabajo de recoger el huevo de la serpiente en la luna nueva, para ponerme al abrigo de los contratiempos que me prepare Teutates.»

«A estas palabras, Cholderico furioso dirigió á Camulógenes la punta de su framea, diciéndole con voz balbuciente á impulso de la ira:

«—¡ Ni aun te atreverías á mirar mi framea!

«—¡ Mientes! repuso el galo desenvainando su espada y precipitándose sobre el franco.

«Todos se arrojaron entre ambos guerreros, y los sacerdotes hicieron cesar este nuevo festín de los Centauros y Lapitas. Al día siguiente, día en que la luna se mostraba en su lleno, se decidió en calma lo que se había discutido en el ciego entusiasmo, cuando el corazón no puede fingir y está abierto á las empresas generosas.

«Determinóse hacer proposiciones de paz á los romanos; y como Meroveo, fiel á su palabra, había obtenido ya mi libertad de su padre, se resolvió enviarme al instante á llevar á Constancio las palabras del consejo. Zacarías y Clotilde vinieron á anunciarme mi libertad, encareciéndome que me pusiese en camino sin pérdida de tiempo, para evitar la inconstancia natural en los bárbaros. Víme precisado á ceder á sus inquietudes, y Zacarías me acompañó hasta la frontera de las Galias. Mi fortuna al recobrar la libertad, estaba acibarada por la amargura de mi separación de este benéfico anciano. En vano le insté á que me siguiese; en vano deploré los males que le abrumaban, pues cogiendo al paso un lirio silvestre, cuya corola empezaba á salir de la nieve, me dijo:

«—Esta flor es el símbolo del caudillo de los salienos y de su tribu; crece naturalmente más hermosa en estos bosques que en un suelo menos espuesto á los rigores del invierno, y escede en blancura á las escarchas que la cubren y la conservan en su seno en vez de marchitarla. Espero que esta ruda estación de mi vida, pasada al lado de la familia de mi amo, me hará un día semejante á este lirio á los ojos de Dios: el alma necesita para desarrollarse en toda su fuerza permanecer sepultada por algún tiempo en los rigores de la adversidad.»

«Dichas estas palabras, Zacarías se detuvo y me mostró el cielo donde debíamos volver á encontrarnos un día; y sin dejarme tiempo para arrojarme á sus pies, se alejó de mí después de haberme dado su última lección. No de otro modo, Jesucristo cuyo ejemplo imitaba, se complacía en instruir á sus discípulos paseando á orillas del lago Genesareth, y haciendo hablar á la yerba de los campos y al lirio de los valles.

## LIBRO OCTAVO.

**SUMARIO.** Interrupción de la historia. Principio del amor de Eudoro á Cimodocea y de esta á Eudoro. Satanás intenta aprovecharse de este amor para afligir la Iglesia. El infierno. Asamblea de los demonios. Discurso del demonio del homicidio. Discurso del demonio de la falsa sabiduría. Discurso del demonio de la lujuria. Discurso de Satanás. Los demonios se diseminan por la tierra.

La relación de Eudoro se había dilatado hasta la hora nona del día. El sol lanzaba sus rayos abrasadores sobre las montañas de la Arcadia, y mudas las aves posaban retiradas en las cañas del Ladonte. Lastenes invitó á los extranjeros á una nueva comida, y les propuso aplazar para el día siguiente el fin de la historia de su hijo. La comitiva dejó la isla y los dos altares y volvió silenciosa al techo hospitalario.

Apenas se oyeron en el resto del día algunas inter-

rumpidas palabras. El obispo de Lacedemonia parecía profundamente ocupado de la historia del hijo de Lastenes, y admiraba la pintura del estado de la Iglesia y de sus progresos en todo el mundo. Veía figurar en medio de este cuadro unos hombres á quienes los fieles tenían que temer; hombres cuyos caracteres trazados por Eudoro, ofrecían un triste porvenir. Cirilo había recibido de Roman noticias alarmantes, que creyó debía ocultar á la virtuosa familia.

Eudoro á su vez estaba lejos de sentirse tranquilo: llevaba al pié de la cruz tribulaciones interiores é ignoraba aun que eran consecuencia de los altos designios de Dios. Redoblaba las oraciones y las austeridades; pero al través de las lágrimas de la penitencia, descubría á su pesar los hermosos cabellos, las manos de alabastro, la esbelta cintura y las gracias ingenuas de la hija de Homero. Veía sin cesar fijas en él sus dulces y tímidas miradas, y aquellas facciones encantadoras en que se pintaban todos los sentimientos que él espresaba, y también los que no espresaba aun. ¡ Cuán cándido pudor embellecía á la inocente virgen, cuando Eudoro contaba los culpables placeres de Roma y de Bayas! ¡ Qué palidez tan mortal cubría sus mejillas, cuando describía combates ó hablaba de heridas y esclavitud!

La sacerdotisa de las Musas experimentaba por su parte sentimientos confusos y una nueva emoción. Su espíritu y su corazón salían al mismo tiempo de su doble infancia. La ignorancia de su espíritu se desvanecía ante la sólida razón del Cristianismo; la ignorancia de su corazón cedía á esa viva luz que traen siempre consigo las pasiones. ¡ Cosa extraordinaria! Aquella joven experimentaba á la vez la turbación y las delicias de la sabiduría y del amor.

«Padre mío, decía á Demodoco, ¿qué divino extranjero nos ha convidado á sus banquetes? ¡ Cuán grande es por el corazón y por las armas el hijo de Lastenes! ¡ No es uno de aquellos primeros pobladores del mundo á quienes Júpiter trasformó en dioses favorables á los mortales? ¡ Juguete de destinos crueldes, ¡ qué combates ha dado, qué males ha sufrido! ¡ Oh castas y poderosas Musas! ¡ Oh mis divinas tutelares! ¡ dónde estabais cuando cadenas indignas oprimían manos tan nobles? ¡ No podiais desatar las ligaduras de este joven héroe á los sonos poderosos de vuestras lirias? Mas sacerdote de Homero, tú, que conoces todas las cosas, y tienes la sabia reserva de los ancianos, dime: ¿ qué religión es esa de que habla Eudoro? ¡ Cuán hermosa es esa religión! Atrae el corazón á la justicia y refrena los amores insensatos. El que la sigue está siempre dispuesto á recorrer la desgracia como un vecino generoso, sin darse tiempo para tomar su ceñidor. Vamos á los templos á inmolar ovejas á Ceres que dicta leyes, y al sol que ve el porvenir. Arrastrando la túnica, y con la copa de las libaciones en la mano, demos vuelta á los altares regados de sangre, amasemos las tortas sagradas, y procuremos descubrir cual es el genio desconocido que protege á Eudoro... Siento que una divinidad misteriosa habla á mi corazón. ¿ Pero una virgen debe penetrar los secretos de los jóvenes y procurar conocer sus dioses? El pudor levantará su velo para consultar los oráculos? »

Al acabar estas palabras, Cimodocea regó su seno con copiosas lágrimas.

De esta suerte, el cielo aproximaba dos corazones, de cuya unión debía resultar el triunfo de la cruz. Satanás iba á aprovecharse del amor de la predestinada pareja, y todo marchaba hácia el cumplimiento de los decretos del Eterno. El príncipe de las tinieblas terminaba en aquel momento la revista de los templos de la tierra. Había visitado los santuarios de la mentira y la impostura: el antro de Trofonio, los respiraderos de la Sibila, los tripodes de Delfos, la piedra de Teutates y los subterráneos de Isis, de Mi-

tra y de Wishnou. En todas partes estaban suspendidos los sacrificios, los oráculos abandonados y los prestigios de la idolatría prontos á desvanecerse ante la verdad de Cristo. Satanás llora la pérdida de su poder, pero se propone no ceder la victoria sin combate. Jura por la eternidad del infierno destruir los adoradores del verdadero Dios, olvidando que las puertas del lugar de dolor no prevalecerán contra la querida del Hijo del Hombre. El arcángel rebelde ignora los proyectos del Eterno, que va á castigar á su Iglesia culpable; pero sabe que el dominio sobre los fieles le está concedido por un momento, y que el cielo le deja en libertad de cumplir sus negros proyectos. Al instante abandona la tierra y baja al sombrío imperio.

Cual suele verse en la cumbre del Vesubio una peña calcinada suspendida en medio de las cenizas; si el azufre y el betun encendidos en la montaña oscurecen el sol, hacen hervir el mar y estremecerse á Parténope como una bacante ébria; entonces la cima del volcan cambia su movable figura, la lava descendiendo, la peña rueda y se hunde con roncó estruendo en el fondo de las entrañas ardientes que la han vomitado: así Satanás, lanzado por el infierno, se sumerge en el entreabierto abismo. Mas veloz que el pensamiento, atraviesa todo el espacio que debe aniquilarse un día; mas allá de los restos mugidores del caos, llega á las fronteras de esas regiones imperecederas como la venganza que las formó; regiones malditas, sepulcro y cna de la muerte, que no se ajustan á la medida del tiempo, y que subsistirán cuando el universo haya sido arrebatado como una tienda levantada para un solo día. Una lágrima involuntaria humedece los ojos del espíritu precito en el momento que se abisma en los reinos de la noche éterna. Su lanza de fuego, ilumina escasamente en su derredor la espesura de las sombras; ningun camino sigue á través de las tinieblas, pero arrastrado por el peso de sus crímenes, baja naturalmente al infierno.

El ángel réprobo no ve aun el resplandor lejano de esas llamas que arden sin pábulo, y no obstante sin apagarse jamás, y ya los gemidos de los condenados llegan á sus oídos. Detiéndose y se estremece á este primer suspiro de los eternos dolores, pues el infierno intimida aun á su monarca. Un movimiento de arrepentimiento y compasión se apodera del corazón del rebelde arcángel.

«Yo soy, exclama, quien ha abierto estas prisiones y congregado todos estos males! Sin mí, el mal hubiese sido desconocido en las obras del Todopoderoso. ¿Qué me había hecho el hombre, esa hermosa y noble criatura?...»

Satanás iba á prolongar los lamentos de un arrepentimiento inútil, cuando abriéndose la abrasada boca del abismo, produjo en él otros pensamientos.

Un fantasma se lanza al dintel de las puertas formidables: es la Muerte. Muéstrase como una mancha oscura sobre las llamas de los calabozos que arden á su espalda, y su esqueleto deja pasar los lividos rayos de la luz infernal entre los espacios huecos de su repugnante osamenta. Su cabeza está adornada con una corona cambiante, cuyas joyas roba á los pueblos y á los reyes de la tierra. Algunas veces se engalana con los girones de la púrpura ó del tosco sayal de que ha despojado al opulento y al indigente. Ya vuela, ya se arrastra, ya toma todas las formas, hasta las de la hermosura. Creeríasela sorda, y no obstante, oye el rumor mas ligero que descubre la vida; parece ciega, y sin embargo descubre al menor insecto que se arrastra sobre la yerba. En una mano ostenta una segur, como un segador, y con la otra oculta la única herida que ha recibido: la que Cristo vencedor le causó en el seno, en la cumbre del Gólgota.

El crimen abre las puertas del infierno y la Muerte las cierra. Estos dos monstruos habian sido advertidos, por cierto amor horroroso, de la aproximación de su padre. Al punto que la Muerte reconoce á lo lejos al enemigo de los hombres, vuela llena de regocijo á su encuentro.

«¡Oh, padre mio! exclama, inclino ante tí esta cabeza que jamás se humilló á poder alguno. ¿Vienes á satisfacer el hambre insaciable de tu hija? Estoy cansada de los mismos festines, y espero de tí algun nuevo mundo para devorarlo.»

Satanás horrorizado, desvió la cabeza para evitar los abrazos del deforme esqueleto; le separó con su lanza y le respondió sin detenerse:

«¡Oh muerte! serás satisfecha y vengada; voy á entregar á tus furores el pueblo numeroso de tu único vencedor.»

Al pronunciar estas palabras, el caudillo de los demonios penetra en la region donde lloran eternamente sus víctimas, y se interna en los campos abrasados. El abismo se estremece al aspecto de su monarca; las hogueras despiden mas voraces llamas; el réprobo, que creia hallarse en el colmo del dolor, se siente atravesado por un aguijon mas agudo; así, en el desierto de Zahara, abrasado por el ardor de una tempestad sin lluvia, el negro africano se tiende sobre las arenas, en medio de las serpientes y leones sedientos como él; júzgase en el último grado del suplicio, cuando mostrándose entre las lividas nubes, un sol enemigo le hace sentir nuevos tormentos.

¿Quién podria pintar el horror de aquellos lugares donde están reunidas, aumentadas y perpetuadas sin fin todas las tribulaciones de la vida? Atado con cien nudos de diamante sobre un trono de bronce, el demonio de la desesperacion domina el imperio de los tormentos. Satanás, acostumbrado á los clamores infernales, distingue á cada grito la falta castigada y el dolor sufrido. Reconoce la voz del primer homicida; oye al rico avariento que pide una gota de agua, y se rie de los lamentos del pobre que reclama, en nombre de sus harapos, los reinos del cielo.

«¡Insensato! le dice, creías que la indigencia suplía todas las virtudes? ¿Pensabas que todos los reyes moraban en mi imperio, y todos tus hermanos en derredor de mi rival? ¡Vil y miserable criatura! fuiste insolente, falso, cobarde, envidioso del bienestar ajeno, enemigo de todo lo que te era superior por la educacion, el honor, el nacimiento, y pides coronas! Arde aquí con la opulencia desapiadada que hizo bien al alejarte de sí, pero que te debía un vestido y pan.»

En medio de sus suplicios una multitud de desventurados gritaba á Satanás:

«¡Te hemos adorado Júpiter, y por esto, maldito! ¿nos retienes en las llamas?»

Y el arcángel orgulloso sonriendo con amarga ironía, les respondia:

«Me habeis preferido á Cristo; compartid pues mis honores y alegría!»

El castigo del fuego no es el tormento mas horroroso que experimentan las almas condenadas, pues conservan la memoria de su divino origen, llevan en sí mismas la indeleble imágen de la hermosura de Dios, y echan de menos por toda una eternidad el supremo bien que han perdido; y este sentimiento está incesantemente escitado por la vista de las almas cuya morada confina en el infierno, y que despues de haber espionado sus errores, vuelan á las regiones celestiales. A todos estos males los condenados agregan tambien las aliecciones morales y la vergüenza de los crímenes que han cometido en la tierra: los dolores del hipócrita se aumentan con el respeto que sus mentidas virtudes continúan inspirando al mundo. Los títulos magníficos que el siglo engañado concede á los que en vida gozaron gran celebridad, les

atormentan en las llamas de la verdad y la venganza. Los votos que una tierna amistad ofrece al cielo por las almas perdidas, torturan en el fondo del abismo á estas almas inconsolables. Entonces se ve salir del sepulcro á esos culpables que vienen á descubrir á la tierra los castigos de la justicia divina, y á decir á los hombres: «No rogueis por mí; estoy juzgado.»!

En el centro del abismo, en medio de un Océano que arrastra sangre y lágrimas, descuellan entre enormes peñas un negro castillo, obra de la Desesperacion y la Muerte. Una eterna tempestad ruge en derredor de sus amenazadoras almenas, un árbol estéril brota delante de su puerta y en lo mas alto de sus tristes murallas, nueve veces replegadas sobre sí mismas, ondea el estandarte del Orgullo medio consumido por el rayo. Los demonios llamados Parcas por los paganos, vigilan en la barrera de este pavoroso alcázar. Satanás llega al pié de su régia morada; las tres centinelas del palacio se levantan y dejan caer con lúgubre rumor el martillo de metal sobre la puerta de metal. Otros tres demonios adorados bajo el nombre de Furias, abren el ardiente postigo, y entonces se descubre una dilatada serie de pórticos desolados, semejantes á esas galerías subterráneas donde los sacerdotes de Egipto ocultaban los monstruos que hacían adorar á los hombres. Las cúpulas del edificio fatal retumban á los sordos mugidos de un incendio, y un pálido resplandor descende de las abrasadas bóvedas. A la entrada del primer vestíbulo, la Eternidad de los dolores está acostada sobre un lecho de hierro, inmóvil porque su propio corazón carece de movimiento, y sostiene en la mano un reloj de arena inagotable. Solo sabe, solo pronuncia esta fatídica palabra:

«¡Jamás!»

No bien hubo entrado en su impura mansion, el monarca de las gerarguias malditas manda á los cuatro caudillos de las legiones rebeldes convocar el senado de los infernos. Los demonios se apresuran á obedecer las órdenes de su monarca, y llenan en tropel el vasto salon del consejo de Satanás; colócanse en las ardientes graderías del sombrío anfiteatro, y se presentan en él tales como los mortales les adoran, con los atributos de un poder que solo es impotencia. Este lleva el tridente con que en vano azota los mares que solo obedecen á Dios; aquel, coronado con los rayos de una falsa gloria, quiere imitar, astro falaz, á ese gigante soberbio que el Eterno hace salir todas las mañanas del lugar donde se levanta la Aurora. Aquí discute el genio de la falsa sabiduría, allí ruge el espíritu de la guerra; allá sonrie el demonio de la lujuria, á quien los hombres llaman Venus, y el infierno conoce con el nombre de Astarté; sus ojos respiran voluptuosa languidez; su voz lleva la turbacion á las almas; y el brillante ceñidor que ajusta á su cintura es la obra mas peligrosa de las potencias del abismo. Finalmente, en este vasto consejo se ven reunidos todos los falsos dioses de las naciones: Mitra y Baal, Moloch, Anubis, Brama, Teutatés, Odin, Erminsul, y otros mil fantasmas de nuestras pasiones y caprichos.

Hijas del cielo, las pasiones nos fueron concedidas con la vida, y mientras permanecen puras en nuestro seno, están bajo la custodia de los ángeles; pero al punto que se corrompen, pasan al imperio de los demonios. Por esta razon existe un amor legítimo y un amor culpable; una cólera pernicioso y una santa cólera; un orgullo criminal y una noble altivez; un valor brutal y un valor inteligente. ¡Oh grandeza del hombre! nuestros vicios y virtudes forman la ocupacion y parte del poder del infierno y del cielo.

No ya como ese astro de la mañana que nos trae la luz, sino semejante á un cometa aterrador, Lucifer se sienta sobre su trono, en medio de este pueblo de espíritus espantosos. Cual se ve durante una tempe-

dad levantarse una ola sobre las demás olas, y amenazar á los marineros con su espumosa cima; cual en una ciudad incendiada descuellan en medio de los edificios humeantes erguida torre cuya estremidad coronan las llamas: tal se ostenta el caido arcángel en medio de sus compañeros. Levanta el cetro del infierno, cetro á que por medio de un fuego sutil están identificados todos los males, y disimulando los pesares que le devoran, habla en estos términos á la impaciente asamblea:

Dioses de las naciones, tronos, ardores, guerreros generosos, milicias invencibles, raza noble é independiente, magnánimos hijos de esta fuerte patria, el día de gloria ha brillado ya, vamos á recoger el fruto de nuestra constancia y combates. Despues de haber roto el yugo del tirano, he procurado hacerme digno del poder que me habeis confiado. Os he sometido el universo, y aquí ois los lamentos de ese hombre, que debia reemplazaros en la mansion de la bienaventuranza. Para salvar á esta raza miserable, nuestro perseguidor se vió precisado á enviar su hijo á la tierra. Presentóse en ella el Mesías y osó penetrar en nuestros reinos; y si vosotros hubierais secundado mi arrojó, le hubiéramos cargado de cadenas y retenido en el fondo de estos abismos, y la guerra entonces hubiera terminado para siempre entre nosotros y el Eterno. Pero aquella favorable ocasion se perdió, y he aquí lo que nos obliga á empuñar de nuevo las armas, pues los sectarios de Cristo se multiplican. Seguros en demasia de la justicia de nuestros derechos, hemos despreciado la defensa de nuestros altares; hagamos, pues, adunados todos un nuevo esfuerzo para derribar esa cruz que nos amenaza, y deliberemos sobre los medios mas rápidos de alcanzar tamaña victoria.»

Así habló el vencido blasfemador de Cristo, en la noche eterna; ese arcángel que vió al Salvador romper con su cruz las puertas del infierno y dar libertad á la grey de los justos de Israel, cuando los demonios desconcertados huían al aspecto de la luz divina y cuando el mismo Satanás, derribado en medio de las ruinas de su imperio, veia hollada su altiva cerviz por la planta de una mujer.

Al dar el padre del mal fin á su discurso, levantóse el demonio del homicidio. Sus brazos tintos en sangre, sus frenéticas contorsiones y su espantosa voz, todo anuncia en este perturbado espíritu los crímenes que le manchan y la violencia de los sentimientos que le agitan. No puede sufrir la idea de que un solo cristiano eluda sus furores; así en el Océano que baña las costas del Nuevo Mundo, se ve á un monstruo marino perseguir á su presa en medio de las olas; si la presa brillante despliega repentinamente sus alas de plata y encuentra, ave de un momento, su seguridad en los aires, el monstruo engañado salta sobre las olas, y vomitando torbellinos de espuma y humo, asusta á los marineros con su impotente furor.

«¿Acaso necesitamos deliberar? exclama el ángel atroz; Hemos menester para destruir los templos de Cristo, de otros medios que verdugos y llamas? Dioses de las naciones, dejadme el cuidado de reedificar vuestros templos! El príncipe que reinará en breve sobre el imperio romano, es adicto á mi poder. Yo escitaré la crueldad de Galerio, y una inmensa y última carnicería hará nadar los altares de nuestro enemigo en la sangre de sus adoradores. Satanás habrá inaugurado la victoria perdiendo al primer hombre, y yo la habré coronado esterminando los cristianos.»

Dice; y súbitamente todas las horribles ansias del infierno se posesionan de este espíritu feroz, que lanza un grito como un reo herido por la cuchilla de verdugo; como un asesino atravesado por el puñal de sus remordimientos. Un ardiente sudor baña su frente; un líquido parecido á la sangre destila de sus

labios, y se debate en vano bajo el peso abrumador de la reprobación.

Entonces, el demonio de la falsa sabiduría se levanta con una gravedad parecida á una triste locura. La fingida severidad de su voz, la calma aparente de sus espíritus engañan á la deslumbrada multitud, cual una hermosa flor que se mece sobre un tallo envenenado, seduce á los hombres y les da la muerte; disfrázase bajo el aspecto de un viejo maestro de una de aquellas escuelas esparcidas en Atenas y Alejandria. Su cana cabellera coronada con una rama de olivo, y su cabeza medio calva previenen al pronto en su favor; pero cuando se le considera mas de cerca, descúbrese en él un abismo de bajaesa é hipocresía y un odio monstruoso á la verdadera razón. Su crimen empezó en el cielo con la creación de los mundos, cuando estos fueron entregados á sus vanas disputas. Vituperó las obras del Todopoderoso, intentando en su orgullo establecer otro orden entre los ángeles y en el imperio de la soberana sabiduría; fue padre del Ateísmo, fantasma execrable que el mismo Satanás no habia engendrado, y que se enamoró de la Muerte cuando esta se presentó en los infiernos. Pero aunque el demonio de las doctrinas funestas se envanece de sus luces, sabe no obstante cuan funestas son á los mortales, y triunfa de los males que causan á la tierra. Mas culpable que todos los ángeles rebeldes, conoce su propia perversidad y la convierte en un título de gloria. Esta falsa sabiduría, posterior á los tiempos, habló en estos términos á la asamblea de los demonios:

«¡Monarcas del infierno! ya sabeis que siempre he sido opuesto á la violencia. No alcanzaremos la victoria sino por el raciocinio, la dulzura y la persuasión. Dejadme difundir entre nuestros adoradores y aun entre los mismos cristianos esos principios que disuelven los lazos de la sociedad y minan los cimientos de los imperios. Ya Hierocles, ministro querido de Galerio, se ha arrojado á mis brazos, y las sectas se multiplican. Entregaré los hombres á su propia razón, y les enviaré á mi hijo el Ateísmo, amante de la Muerte y enemigo de la Esperanza, y llegarán hasta el punto de negar la existencia del que los crió. No necesitáis dar combates de resultado siempre incierto; yo sabré obligar al Eterno á que destruya segunda vez su obra.»

A este discurso del espíritu mas profundamente corrompido del abismo, los demonios aplaudieron en tumulto. El estrépito de esta lamentable alegría se prolongó bajo las bóvedas infernales. Los réprobos creyeron que sus perseguidores acababan de inventar nuevos tormentos. Al punto, las almas que no estaban encerradas en sus hogueras, se escaparon de las llamas y acudieron presurosas al consejo, arrastrando consigo alguna parte de sus suplicios: una, su sudario abrasado, otra su capa de plomo; esta, los cáramanos que pendían de sus ojos llenos de lágrimas, aquella, las serpientes que la devoraban. Los horrosos espectadores de tan horroroso senado ocupan sus asientos en las ardientes tribunas. Asustado el mismo Satanás, llama á los espectros custodios de las sombras, las vanas Quimeras, los Sueños funestos, las Harpías de sucias garras, el Espanto de asombroso semblante, la Venganza de torva mirada, los Remordimientos que nunca duermen, la inconcebible Locura, los pálidos Dolores y la implacable Muerte.

«Volved, grita, á esos culpables á sus cadenas, ó temed que Satanás os ahorreje con ellos.»

¡Inútiles amenazas! Los fantasmas se mezclan con los réprobos, y quieren á su ejemplo asistir al consejo de sus reyes. Hubiérase acaso visto un horroroso combate si Dios que mantiene su justicia, como autor único del orden, hasta en los infiernos, no hubiere hecho cesar el tumulto. Estendió su brazo y la sombra de su mano se dibujó en la pared de la sala

maldita. Al punto, se apoderó un profundo terror de las almas perdidas y de los espíritus rebeldes; las primeras volvieron á sus tormentos; los segundos, despues que la mano divina se hubo retirado, reanudaron su deliberación.

El demonio de la lujuria, procurando sonreír sobre el asiento en que estaba muellemente reclinado, hace un esfuerzo y levanta la cabeza. El mas hermoso de los ángeles caídos despues del rebelde arcángel, ha conservado una parte de las gracias con que le habia adornado el Criador; pero en el fondo de sus miradas tan dulces, á través del encanto de su voz y sonrisa, se descubre cierto indicio de perfidia y veneno. Nacido para el amor, y eterno habitante de la region del odio, sobrelleva con impaciencia su infortunio; pero harto débil para prorumpir en gritos de rabia, se limita á llorar y pronuncia estas palabras entrecortadas por hondos suspiros:

«Dioses del Olimpo, y vosotras á quienes conozco menos, divinidades del brama y del druida, no intento ocultarlo: si! el infierno me pesa. Vosotros no ignorais que yo no alimentaba contra el Eterno motivo alguno de odio, y que he seguido únicamente en su rebelion y caída á un ángel á quien amaba. Mas, puesto que he caído del cielo con vosotros, quiero á lo menos vivir mucho tiempo en medio de los mortales, y no me dejaré desterrar de la tierra. Tiro, He-liopolis, Pafos, y Amatonta me llaman. Mi estrella resplandece aun sobre el monte Libano, pues allí tengo templos encantadores, fiestas graciosas, gratos emblemas que me arrebatan en medio de los aires, flores, inciensos, perfumes, frescos céspedes, bailes voluptuosos y risueños sacrificios. ¡Y los cristianos me arrancarian este ligero desquite de las alegrías celestiales! ¡El mirto de mis bosquecillos que da al infierno tantas víctimas, seria transformado en cruz salvaje, que multiplica los habitantes del cielo! ¡No! yo haré conocer hoy mi poder. Para vencer á los discípulos de una ley severa, no son menester, ni violencia ni sabiduría; armaré contra ellos las pasiones, y este ceñidor os responde de la victoria. En breve, mis caricias habrán enervado á esos duros servidores de un Dios casto. Domaré las vírgenes rígidas é iré á perturbar hasta en su desierto á esos anacoretas que creían sustraerse á mis seducciones. El ángel de la sabiduría se congratula por haber arrebatado á Hierocles al poder de nuestro enemigo; pero Hierocles tambien es fiel á mi culto; ya he encendido en su pecho llama criminal, y sabré mantener mi obra, solazándome en ello, y conducir á los hombres por medio de las delicias, á participar de vuestros dolores.»

Al terminar estas palabras, Astarté se dejó caer lánguidamente sobre su blando asiento.

Quiso sonreír, pero la serpiente oculta debajo su ceñidor, le hirió secretamente el corazón; el débil demonio palideció, y los espertos caudillos de las hordas infernales adivinaron su herida.

No obstante, como los tres pareceres tenían dividido aquel horrible sanhedrin, Satanás impuso silencio á la asamblea:

«¡Compañeros! vuestros consejos dignos son de vosotros; pero en lugar de elegir entre opiniones igualmente sabias, sigamos las tres para obtener un resultado brillante, y llamemos tambien en nuestro auxilio á la Idolatría y al Orgullo. Yo despertaré la superstición en el corazón de Diocleciano y la ambición en el alma de Galerio. Todos vosotros, dioses de las naciones, secundad mis esfuerzos; id, volad, escitad el celo del pueblo y los sacerdotes. Subid al Olimpo, haced revivir las fábulas de los poetas; que los bosques de Dodona y Dafne hagan oír nuevos oráculos; dividase el mundo entre los fanáticos y los ateos; los dulces venenos del deleite enciendan pasiones sin

freno, y de todos estos males reunidos hagamos nacer una espantosa persecucion contra los cristianos.»

Así habló Lucifer: tres veces golpea su trono con el flamígero cetro; tres veces las concavidades del abismo retumban con prolongado mugido. El Caos, único y sombrío vecino del infierno, se estremece á la par, se entreabre y deja pasar á través de su opaco seno un moribundo rayo de luz que baja hasta la noche de los réprobos. Nunca se presentara Satanás mas formidable desde el dia en que, renunciando á la obediencia, se declaró enemigo del Eterno. Al punto las legiones se levantan, salen del consejo, atraviesan la mar de lágrimas, la region de los suplicios, y vuelan hácia la puerta custodiada por el Crimen y la Muerte. Vese desfilar la innumera tropa al resplandor siniestro de los encendidos hornos, á la manera que en una gruta subterránea revolotean á la luz de una antorcha esas aves dudosas cuyas alas parecen tejidas por un insecto impuro.

Debajo del vestíbulo del palacio de los infiernos, delante del lecho de hierro donde reposa la Eternidad de los dolores, está colgada una lámpara, en que arde la llama primitiva de la cólera celestial que encendió las hogueras perdurables; Satanás toma una chispa de este fuego. Parte: del primer salto toca la bóveda estrellada; del segundo llega á la morada de los hombres. Lleva la chispa fatal á todos los templos; enciende de nuevo los fuegos apagados sobre los altares de los ídolos; al punto, Palas blande su lanza, Baco agita su tirso, Apolo estiende su arco, el Amor sacude su antorcha, los viejos Penates de Eneas murmuran palabras misteriosas, y los dioses de Ilión profetizan en el Capitolio. El padre de la mentira coloca una ilusión en cada simulacro de las divinidades paganas; y dirigiendo los movimientos de sus invisibles cohortes, hace maniobrar de concierto contra la iglesia de Jesucristo el ejército entero de los demonios.

## LIBRO NOVENO.

SUMARIO. Continúa la narración de Eudoro. Eudoro en la corte de Constancio. Pasa á la isla de los bretones. Regresa á las Galias. Es nombrado comandante de la Armórica. Las Galias. La Armórica. Episodio de Velleda.

DEMASIADO fiel á sus promesas, el demonio de los placeres bajó á los dorados artesones á cuya sombra habitaba el discípulo de los falsos sabios. Despierta en su corazón una llama amortiguada; presenta á sus deseos la imagen de la hija de Homero, y le atraviesa con una flecha empapada en las aguas que cubren las humeantes ruinas de Gomorra. Si Hierocles hubiera podido ver en aquel momento mismo á la sacerdotisa de las Musas herida por el dardo de ajeno amor; si hubiese podido verla, fijos los ojos en Eudoro, que se dispone á proseguir la historia de sus aventuras; ¡qué celos tan crueles no hubieran abrasado el alma del enemigo de los cristianos! ¡Ah! los estragos de estos celos solo están suspendidos por algunos dias. La familia de Lastenes goza con sus amables huéspedes los últimos momentos de paz que el cielo le concede en la tierra. Reunidos al amanecer, como el dia anterior, Lastenes, sus hijas y su esposa, Cirilo, Demodoco y Cimodocia, y sentados á la puerta del jardín, prestan atento oído al arrepentido guerrero, que vuelve á hablar en estos términos:

«Os he dicho, señores, que Zacarias me habia dejado en la frontera de las Galias, á sazón en que Constancio se hallaba en Lutecia. Despues de muchos dias de fatiga, llegué al país de los belgas (1) del Secua-

na. El primer objeto que llamó mi atención en las lagunas de los parisios, fue una torre octógona, consagrada á ocho dioses galos. Hácia el Mediodía, á dos mil pasos de Lutecia y mas allá del rio que la ciñe, se descubria el templo de Heso; mas cerca, en una pradera orillas del rio, descollaba otro templo consagrado á Isis, y hácia el Norte, sobre una colina, veíanse las ruinas de otro templo, antiguamente erigido en honor de Teutatés. Esta colina era el monte de Marte, donde Dionisio habia recibido la palma del martirio.

«Al aproximarme al Secuana, descubrí á través de una cortina de sauces y nogales, sus límpidas y transparentes aguas, de excelente sabor, y que pocas veces crecen ó disminuyen. Varios jardines plantados de algunas higueras que habian sido rodeadas de paja para preservarlas de los hielos, formaban el único adorno de sus márgenes. Costóme algun trabajo descubrir la aldea que buscaba, cuyo nombre es Lutecia, es decir, la hermosa piedra ó la hermosa columna. Un pastor me la mostró al fin en medio del Secuana, en una isla que se prolonga á manera de bajel. Dos puentes de madera, defendidos por dos castillos, en que se paga tributo á César, establecen la comunicación entre esta miserable aldea y las dos orillas opuestas del rio.

«Entré en la capital de los parisios por el puente del Norte, y solo vi en el interior de la aldea chozas de madera cubiertas de paja y calentadas con hornillos. No advertí sino un solo monumento: un altar erigido en honor de Júpiter por el gremio de los navegantes. Pero en la parte exterior de la isla y al lado opuesto del brazo meridional del Secuana, veíanse sobre la colina de Lucoticio un acueducto romano, un circo, un anfiteatro y el palacio de las Termas, habitado por Constancio.

«Al saber César que me hallaba á la puerta de su palacio, exclamó:

«—¡Permitase la entrada al amigo de mi hijo!

«Me arrojé á los pies del príncipe, que me levantó con benignidad, me honró con sus elogios delante de su corte, y tomándome de la mano, me hizo pasar con él á la sala del consejo. Le referí lo que me habia ocurrido entre los francos. Constancio pareció alegrarse de que estos pueblos accediesen al fin á dejar las armas, é hizo marchar en el acto á un centurion para tratar de la paz con ellos. Advertí con dolor que la palidez y debilidad de Constancio habian aumentado.

«En el palacio de este príncipe hallé reunidos á los fieles mas ilustres de la Galia é Italia. Allí brillaban Donaciano y Rogaciano, amables hermanos; Gervasio y Protasio, el Orestes y el Pilades de los cristianos; Prócula, de Marsella; Justo, de Lugdunum; y finalmente, el hijo del prefecto de las Galias, Ambrosio, modelo de ciencia, firmeza y candor. Como de Jenofonte, decíase de él que habia sido criado por unas abejas; la Iglesia esperaba en él un orador y un hombre eminente.

«Yo tenia un vehemente deseo de saber del mismo Constancio los cambios ocurridos en la corte de Diocleciano, desde mi cautiverio. Al punto me hizo llamar á los jardines del palacio, que descenden en forma de anfiteatro sobre la colina de Lucoticio hasta la pradera donde se ostenta el templo de Isis, orillas del Secuana.

«—Eudoro, me dijo, vamos á combatir á Carrausio y á librar la Bretaña, (2) de ese tirano, usurpador de la púrpura imperial. Pero antes de marchar á esta provincia, conviene conozcas el estado de los negocios en Roma, para que arregles tu conducta á lo que voy á decirte. Recordarás tal vez que cuando fuiste á buscarme á las Galias, Diocleciano iba á pacificar

(1) Los habitantes de la isla de Francia.

(2) La Inglaterra.